

II

LA ABADÍA

Los últimos resplandores del sol desaparecían poco á poco tras la imponente masa del castillo de Ecouen y de los bosques que lo circuyen : por todas partes se extendían hasta donde alcanzaba la vista, inmensas llanuras con oscuros surcos endurecidos por las heladas, y en medio de aquella vasta soledad aparecía la aldea de Bouqueval. El cielo enteramente sereno se teñía en el momento de la puesta del sol con largas cintas purpúreas que anunciaban el viento y el frío, y cuyo color de rojo vivo, cambiábase en matiz violáceo á medida que el crepúsculo se extendía. La luna en creciente parecía un finísimo aro de plata, y comenzaba á brillar suavemente sobre un fondo de azul y sombra. El silencio era absoluto, la hora solemne.

El cura se detuvo en la cumbre de la colina para gozar de aquel hermoso espectáculo, y después de un instante de recogimiento extendió su trémula mano hacia la inmensidad del horizonte ya medio cubierto por la obscuridad de la noche y dijo á María que iba á su lado silenciosa y pensativa : Mirad, hija mía, esa inmensidad cuyos límites no se alcanzan y en donde no se percibe el rumor más leve : parece que el infinito y el silencio nos dan casi idea de la eternidad. Os digo esto, María, porque sé hasta qué punto os complacen las bellezas de la creación : muchas veces me ha conmovido la religiosa admiración que os inspiran después de haber estado tanto tiempo privada de contemplarlas. ¿No os admira como á mí el imponente silencio que reina en este instante ?

María no contestó cosa alguna, y el cura vió con sorpresa que lloraba.

— ¿Qué tenéis hija, mía ?

— ¡Cuán desgraciada soy, padre mío !

— ¡Desgraciada ! ¡vos desgraciada ahora !

— No tengo derecho de quejarme de mi actual estado, lo sé, y sin embargo...

— ¿Sin embargo qué ?

— ¡Ah padre mío ! perdonadme esta tristeza, que quizás es un agravio á mis bienhechores.

— Escuchad, María. A menudo os hemos preguntado el motivo de esa tristeza que os tiene abatida y que causa muy graves inquietudes á vuestra segunda madre, pero nunca quisisteis respondernos, y hemos respetado vuestro silencio, aunque con mucha pena, porque ignorando la causa de vuestro sufrimiento no podíamos aliviarlo.

— ¡Ay padre mío ! yo no acierto á decir lo que por mí pasa. Hace un momento que, como vos, me sentía conmovida al contemplar esta tarde tranquila y triste, y por último no he podido contener las lágrimas.

— ¿Pero qué es lo que tenéis ? Bien sabéis cuánto os amamos, confiádmelo todo. Por otra parte no tengo inconveniente en comunicaros que se acerca el día en que la señora Adela y el señor Rodolfo os sacarán de pila, obligándose ante Dios á protegeros siempre.

— ¡El señor Rodolfo ! ¿Ese hombre generoso que me ha salvado, exclamó María juntando las manos, se digna darme prueba tan grande de cariño ! ¡Ah padre mío ! Ya no ocultaré cosa alguna, porque sería demasiado ingrata.

— ¡Ingrata ! ¿y cómo ?

— Para que me comprendáis, es menester que os hable de los primeros días en que vine á la granja.

— Os escucho, hablad y sigamos caminando.

— Vos seréis indulgente ; ¿no es verdad, padre mío ? Lo que voy á deciros quizás es muy malo.

— El Señor os ha probado que es misericordioso, tened valor.

— Cuando al llegar aquí supe que me quedaria en la granja y con la señora Adela, me pareció un sueño. Por de pronto sentíame como desvanecida por tanta felicidad ! á cada instante pensaba en el señor Rodolfo ; muchas veces hallándome sola y á pesar mío, alzaba los ojos al cielo como buscándole en él para darle gracias. En fin, padre mío, yo me acuso de que pensaba más en él que en Dios, porque él había hecho para mí lo que sólo Dios podía hacer. Era pues feliz como el que se ha salvado de un gran peligro : vos y la señora Adela erais tan buenos para conmigo, que entonces me creí más digna de lástima que de desprecio. Poco á poco me he acostumbrado á esta vida tan grata : al despertar no temía hallarme en mi antigua casa y dormía con tranquilidad. Todo mi afán era ayudar á la señora, aprender las lecciones que vos me dabais, y aprovecharme de vuestras exhortaciones. Á excepción de algunos momentos de vergüenza cuando recordaba lo pasado, me creía igual á todo el mundo, porque todo el mundo era bueno conmigo, cuando un día... Los sollozos al llegar á este punto cortaron la palabra á Flor de María.

— Vamos, tranquilizaos, hija mía, tened ánimo y continuad.

— ¿Os acordáis, padre mío, de que, cuando las fiestas, vino á pasar algunos días aquí madama Dubreuil, arrendadora del Sr. duque de Lucenay, y que trajo á su hija ?

— Perfectamente, y tuve gran gusto en que conocierais á Clara Dubreuil, que es señorita muy buena.

— Es un ángel, padre mío, un ángel. Cuando supe que había de estar algunos días en la granja, mi alegría fué extrema, y sólo pensaba en el

momento de ver á tan querida compañera. Finalmente llegó, mientras yo estaba arreglando lo mejor posible mi cuarto en donde debía alojarla. Vinieron á buscarme, y al entrar en la sala mi corazón palpitaba de alegría. La señora Adela, señalando aquella joven que tenía un aspecto tan dulce como modesto, me dijo: María, he aquí una amiga vuestra. Espero, dijo Mad. Dubreuil, que vos y mi hija no tardaréis en ser como dos hermanas. Apenas su madre había proferido estas palabras, cuando Clara vino á abrazarme. Yo no puedo decir lo que pasó por mí en aquel momento, mas cuando noté que el rostro puro y fresco de Clara se juntaba con mi rostro infamado, mis mejillas ardían de vergüenza y de remordimientos: me acordé de lo que era; ¡yo recibir caricias de una señorita tan honesta y tan pura! ¡Oh! ¡me pareció un engaño, una infame hipocresía!

— Pero hija...

— ¡Ah padre mío! exclamó María interrumpiendo al cura con una exaltación dolorosa: cuando el señor Rodolfo me sacó de la Cité, ya tenía yo una idea vaga de mi degradación: pero ¿creéis que la educación, los consejos y los ejemplos vuestros y de la señora Adela, esclareciendo de pronto mi alma, no me han hecho comprender que fui más culpable que desgraciada? Cuando antes de llegar la señorita Clara me ocurrían estas ideas, procuraba distraerme. Si me avergonzaba de lo pasado era á mis propios ojos; mas la vista de aquella joven de mi edad, tan encantadora y tan virtuosa, me ha hecho pensar en la distancia que habrá siempre entre nosotras. Por primera vez he conocido que hay afrentas que no se borran nunca. Desde aquel día no me abandonan un punto estas ideas, á pesar mío me detengo en ellas, y desde entonces no he tenido ni podré tener un momento de tranquilidad.

María enjugó sus ojos llenos de lágrimas, y el cura después de haberla mirado largo tiempo con aire de tierna conmiseración, le dijo:

— Reflexionad, hija mía, que si la señora Adela quiso que fueseis amiga de Clara es porque consideraba que vuestra buena conducta os hacía digna de ello, de manera que los cargos que os hacéis se dirigen casi á vuestra segunda madre.

— Ya lo sé, padre mío, quizás hice mal, pero yo no podía vencer mi rubor y mi miedo. Y hay más todavía, necesito mucho valor para acabar.

— Continúad, María, hasta aquí vuestros escrúpulos, ó más bien vuestros remordimientos son una prueba de vuestro buen corazón.

— Estando ya Clara en la granja, me sentí tan triste como había creído estar alegre pensando en el gusto de tener una compañera de mi edad, mientras ella por el contrario estaba muy jovial y risueña. Le habían puesto una cama en mi cuarto. La primera noche, antes de acostarnos me abrazó diciéndome que ya me amaba, que se sentía atraída hacia mí, y me pidió que la llamase Clara, como ella me llamaba María. En seguida oró, diciéndome que en

sus oraciones se acordaría de mí, si yo quería acordarme de ella en las mías. Después de hablar un rato, se durmió, y yo que no me había acostado me llegué á ella, y contemplé llorando su rostro de ángel. Luego, acordándome de que dormía en el mismo cuarto que yo, encontrada en una taberna entre ladrones y asesinos, temblé, como si hubiera cometido un delito, y temí que Dios me castigara. Acostéme sin embargo, tuve sueños terribles, vi rostros siniestros que casi había olvidado, el churiador, el Maestro de Escuela, la mujer tuerta que tanto me martirizó cuando niña... ¡oh! ¡qué noche, Dios mío! ¡qué noche! ¡qué sueños tan horribles!

— ¡Pobre María! exclamó el cura conmovido. ¿Por qué no me lo dijisteis antes? Antes os hubiera tranquilizado: pero continuad.

— Como me dormí muy tarde, Clara vino á despertarme con un abrazo. Para vencer lo que ella llamaba mi frialdad, y probarme cuánto me amaba, quiso confiarme un secreto, esto es, que cuando hubiera cumplido diez y ocho años debía casarse con el hijo del arrendador de Gousainville, á quien tiernamente amaba, y cuyo matrimonio estaba desde mucho tiempo arreglado por la familia. En seguida me contó con muy pocas palabras su vida pasada, vida sencilla, tranquila, feliz: nunca se había separado ni se separaría de su madre, porque su esposo debía trasladarse á la granja de la novia. Acabada su historia me dijo que la conocía como si fuese hermana suya, y que era justo que yo le contase mi vida. Al oír estas palabras consentí en morir de vergüenza, perdí el color, tartamudeé, pues como ignoraba lo que la señora Adela habría dicho de mí, temía desmentirla. Contesté en términos generales que habiendo quedado huérfana y sido criada por personas de carácter muy severo, tuve una infancia muy desgraciada, y que mi dicha no databa de más allá que de mi permanencia en la granja. Entonces Clara, más por amor que por curiosidad, me preguntó en donde me habían criado, si en la ciudad ó en el campo, cómo se llamaba mi padre, y sobre todo si me acordaba de mi madre. Cada una de esas preguntas me causaba tanto embarazo como pena, porque era preciso contestar con mentiras, y vos me habéis enseñado cuán malo es el mentir. Clara no se figuraba que pudiese engañarla, porque yo atribuía la poca prontitud de mis respuestas al dolor que me causaba el recuerdo de mi triste infancia. Clara me creyó y me compadeció con una lástima que me laceraba el alma. ¡Oh padre mío! vos no podéis formaros una idea de lo que padecí en esa conversación. ¡Cuánto me costaba no decir una palabra que no fuese hipócrita ó falsa!

— ¡Desgraciada! ¡Ah! Dios no dejará sin castigo á los que causan en vuestra perdición.

— ¡Oh! sí, fueron muy malos, porque mi vergüenza será eterna. Al paso que Clara me hablaba de la felicidad que gozaría en su matrimonio y de

la dulce vida de su casa, no podía menos de comparar su suerte con la mía; porque á pesar de cuantas mercedes se me prodiguen mi suerte será desdichada: vos y la señora Adela al tiempo de darme á conocer la virtud, me habéis hecho comprender toda la miseria de mi pasado: nada podrá impedir que yo haya sido la hez, lo más vil que hay en el mundo. Ya que el conocimiento del bien y del mal debía ser tan funesto para mí, ¿por qué no me dejaron abandonada á mi triste suerte?

— ¡María! ¡María!

— ¡Oh! no, padre mío, ya conozco que he dicho una cosa muy mala: ¡ah! he aquí lo que no me atrevía á confesaros. Algunas veces soy tan ingrata, que olvido las bondades con que me confunden, y me digo: si no me hubiesen arrancado á la infamia, la miseria y los males habrían acabado con mi vida; al menos hubiera muerto sin conocer la pureza que echaré siempre de menos.

— ¡Ay de mí! María, eso es fatal. Verdad es que no hay medio de borrar esa página de la historia de vuestra vida: verdad es que ese recuerdo acibarará quizás todos los días de vuestra existencia; pero vos debéis confiar en la infinita misericordia del Todopoderoso: acá en la tierra tendréis lágrimas, remordimientos, expiación; más allá, arriba, añadió alzando la mano al firmamento que comenzaba á estrellarse, allá, felicidad eterna.

— ¡Piedad, Dios mío! soy tan joven y mi vida puede aún ser tan larga! exclamó María con dolorido acento, y cayendo de rodillas delante del cura.

El sacerdote estaba en pie en la cumbre de la colina; su negra sotana, su venerable rostro suavemente iluminado por la última luz de la tarde, se dibujaba sobre el horizonte transparente y limpio. El cura alzaba al cielo una de sus trémulas manos: y María bañaba con abundantes lágrimas la otra. La capucha de su ropón gris caía entonces sobre las espaldas, dejaba ver el delicado perfil de aquella joven, sus ojos suplicantes y llorosos y su blanco cuello sobre el cual aparecía la sedosa mata de sus rubios cabellos. Aquella sencilla y sublime escena hacía un extraordinario contraste con la otra innoble que casi en el mismo momento pasaba en la profundidad del camino hondo. Un espantoso asesino, oculto entre las tinieblas de un negro barranco, martirizado por un terror cobardé, y sufriendo la pena de sus atroces culpas, estaba también arrodillado, pero tenía al frente á su cómplice, furia vengadora que le atormentaba sin piedad y le lanzaba á nuevos delitos; á su cómplice, causa primera de las desventuras de María. El exagerado dolor de ésta se comprendía fácilmente. Rodeada desde su infancia de seres abyectos, malvados é infames, pasando de la cárcel á las calles de la Cité la desgraciada joven había vivido hasta entonces en una profunda ignorancia del bien y del mal, y tan extraña á los sentimientos nobles y religiosos como al esplendor y la magnificencia de la creación. Pero todo lo más admirable de la naturaleza se presentó de repente á su espíritu. Su

alma se ditató á la vista de un espectáculo tan imponente, desarrollóse su inteligencia, y sus nobles propensiones sacudieron el letargo en que yacían... pero la misma luz que iluminó sus potencias, le hizo conocer la degradación en que



El cura alzaba al cielo una de sus trémulas manos.

había vivido, y le inspiró un horror invencible hacia sus primeros años, haciéndola creer que eran indelebles las manchas de su ignominia.

— Ah ¡ Ay de mí! — decía la Cantaora con desesperación: — aunque mi vida llegue á ser tan larga y tan pura como la vuestra, señor cura, la conciencia de lo pasado emponzoñará el resto de mis días...

— No os aflijáis, amada niña: al contrario, debéis teneros por dichosa: ese remordimiento amargo, pero saludable, prueba la religión acendrada de vuestro espíritu... ¡ Cuántas personas de cualidades menos nobles que las vuestras, hubieran echado ya en olvido lo pasado para entregarse á la felicidad presente! Creedme, hija mía, el cielo se apiadará de vuestra amargura: el Señor ha consentido que dieseis algunos pasos en la senda del mal, para daros la gloria del arrepentimiento y el galardón eterno debido á la expiación! Él mismo lo ha dicho por su divina boca: « Los que hacen bien sin perturbación y vienen á mí con la sonrisa en los labios, esos son mis elegidos; pero los que heridos en el combate vienen á mí cubiertos de sangre y contritos, esos son los elegidos entre los elegidos... » ¡ Tened valor, hija mía!... auxilio, confortación, consejos, nada os faltará... Soy muy viejo ya; pero la señora Adela, y especialmente el señor Rodolfo que tanto os estima y que mira con tan vivo interés vuestros adelantos en el camino de la salvación, son jóvenes aún y vivirán muchos años.

Flor de María iba á responder, pero fué interrumpida por la aldeana de que hemos hablado, la cual había seguido el mismo camino y acababa de reunirse con ella: era una de las criadas de la quinta.

— Buenas noches, señor abad — dijo la moza al sacerdote: — la señora Adela me ha mandado traer este canastillo de fruta á la rectoral, y me dijo que acompañase á la señorita María, porque se va haciendo tarde. Así será y por si acaso he traído conmigo el *Turco* — dijo la muchacha acariciando á un enorme mastín de los Pirineos, capaz de batirse con un oso. — Aunque no hay noticia de que ande por aquí gente mala, nunca están de sobra las precauciones.

— Tenéis mucha razón, Claudia: ahora podéis volveros, y dad gracias de mi parte á la señora Adela. Ya estamos en la rectoral.

Y dirigiéndose luego á Flor de María, dijo en voz baja y en tono grave:

— Mañana asistiré á la conferencia de la diócesis, pero á eso de las cinco estaré de vuelta. Si queréis, hija mía, os aguardaré en la rectoral. Según veo por el estado de vuestro espíritu será necesario que habléis largos ratos conmigo.

— Gracias, señor cura — repuso Flor de María: — vendré mañana.

— Ya estamos en la puerta del jardín — dijo el anciano: — dejad ahí el cestillo, Claudia, y vendrá á recogerlo la criada. Volveos pronto á la quinta con María, porque la noche llega y el frío crece.

— Hasta mañana, María, á las cinco.

— Hasta mañana, señor cura.

El anciano entró en el jardín.

Flor de María y Claudia, seguidas del *Turco*, tomaron el camino de la quinta.

III

EL ENCUENTRO

Estaba la noche fría y serena. Siguiendo los consejos del Maestro de Escuela, la Lechuza se había metido con él en un ángulo del camino hondo, más distante de la senda y más inmediato á la encrucijada en donde Barbillón aguardaba con el coche. El Cojuelo puesto en acecho espiaba la vuelta de María, á quien había de atraer á la emboscada rogándola que fuese á socorrer á una pobre anciana. Había dado ya algunos pasos para ir á la descubierta, cuando escuchando atentamente oyó á lo lejos á María que hablaba con la otra joven. No estando María sola todo se había malogrado, y el Cojuelo corrió á dar aviso á la Tuerta. — Con la muchacha viene otra persona, dijo en voz baja.

— El demonio cargue con ella, gritó la Lechuza.

— ¿ Y con quién viene? preguntó el bandido. — Sin duda con la labradora que poco antes pasó con un perro, porque he conocido que la voz de mujer; escuchad, escuchad, ¿ no oís el ruido de los zuecos? Efectivamente, en el silencio de la noche se oía á lo lejos el rumor de las suelas de madera que hacían crujir la tierra helada.

— Son dos, dijo la Tuerta; yo puedo encargarme de la joven, pero la otra, ¿ cómo lo hacemos? mi marido está ciego y el Cojuelo no tiene fuerza para dar en tierra con esa compañera á quien Dios maldiga. ¿ Qué hacer?

— No tengo mucha fuerza, pero si queréis me tiro á las piernas de la mujer como si fuera un perro, me agarro á ellas, con manos y dientes, y no la suelto, y entre tanto os lleváis á la otra. — ¿ Y si gritan? ¿ y si chillan? las oirán desde la granja y tendrán tiempo de venir á socorrerlas antes que lleguemos al coche, porque no es fácil robar á una mujer cuando hace resistencia.

— Y llean un perro tremendo, observó el Cojuelo.

— Si no fuese más que eso, dijo la Tuerta, con el zapato le rompería los hocicos.

— Se acercan y van á bajar á la barranca.

— Di algo, maldito, exclamó la Tuerta, ¿ qué aconsejas? ¿ Has perdido la lengua?

— Por hoy nada puede hacerse, contestó el bandido.

— Y perdemos los mil francos, no puede ser. Dame acá el cuchillo, el cuchillo; mataré á la compañera, y entre el Cojuelo y yo podremos robar á la muchacha.

— El caballero enlutado no quiere que se mate á nadie.

— ¡ Y qué! apuntaremos esa sangre en su libro de memoria y tendrá que pagarnos, puesto que será cómplice nuestro.

— Aquí están, dijo el muchacho, ya bajan.

El cuchillo, venga pronto.

— ¡Oh! gritó el Cojuelo horrorizado y extendiendo las manos hacia la Tuerta: no, es demasiado... ¡matarla! no, no, eso no.

— ¡El cuchillo! repitió la Tuerta sin hacer caso de las súplicas del Cojuelo y descalzándose á toda prisa. Me quito los zapatos para sorprenderlas, iré á paso de lobo tras ellas; la noche está obscura, pero yo encontraré á la joven y daré cuenta de la otra. — No, dijo el bandido, hoy es inútil, y habrá tiempo mañana.

— ¿Tienes miedo, cobarde? exclamó la Tuerta con desprecio.

— No tengo miedo, pero puedes errar el golpe y todo se pierde. El perro que acompañaba á las dos mujeres, oliendo sin duda la gente emboscada se detuvo de pronto, ladró con furor, y no hacía caso de la labradora que lo llamaba.

— ¿Oyes el perro? preguntó la Tuerta; pronto, el cuchillo, ó sino...

— Ven á quitármelo á la fuerza, respondió el Maestro de Escuela.

— Ya es tarde, ya han pasado, me la pagarás; maldito seas amén: he aquí mil francos perdidos por culpa tuya.

— Al contrario, replicó el bandido en tono de autoridad, mil, dos mil, ó quizás tres mil ganados. Oye y verás si he hecho bien no dándote el cuchillo. Vas á reunirte al Barbillón y los dos con el coche acudís al lugar de la cita en donde os aguarda el caballero, y le decís que por hoy nada puede hacerse, pero que mañana la muchacha será robada.

— ¿Y tú, preguntó la Lechuza?

— Oye y calla: esa joven va sola todas las tardes á acompañar al cura, y es una casualidad que hoy haya encontrado á alguno, y probable que mañana tengamos mejor suerte: por lo tanto mañana á la misma hora volverás á la encrucijada con Barbillón y con el coche.

— ¿Pero tú qué haces?

— El Cojuelo me acompañará á la granja en que vive esa joven, diciendo que soy su padre, un pobre ciego maquinista que he cegado por una desgracia, que íbamos á Louvres á casa de unos parientes que pueden socorrernos, y que nos hemos perdido por los campos queriendo tomar un atajo. Pedimos que nos dejen pasar la noche en la granja, en un rincón de la cuadra, cosa que á nadie se niega. El Cojuelo examinará puertas, ventanas y todo: en esta época del año en todas las granjas hay dinero, porque es cuando se pagan los arriendos. Según decís la granja está en lugar desierto, y cuando conozcamos las entradas y salidas podremos volver acá con los amigos, y es negocio seguro.

— Siempre el mismo hombre, y hombre de provecho, dijo la Tuerta ya más tranquila. Continúa, continúa.

— Mañana antes de dejar la granja me quejaré de un dolor que no me deja andar, y si no me creen enseñaré la llaga que conservo del grillete; diré que es efecto de una quemadura y me creerán: de este modo podré estar allí una

parte del día para que el Cojuelo tenga lugar de examinarlo todo. Cuando por la tarde salga la muchacha, según tiene de costumbre, me encontraré aliviado y en disposición de continuar el camino. El Cojuelo y yo seguiremos á esa muchacha, y vendremos á esperarla aquí mismo fuera del barranco. Como que ya nos conocerá no le causaremos miedo, nos arrojamos sobre ella, y al tenerla entre mis brazos yo respondo de que los mil francos son nuestros, y á los tres ó cuatro días encargamos el negocio de la granja á Barbillón ó á otros, y si hay algo partimos con ellos ya que nosotros habremos preparado el golpe.

— Ven acá, ciego, no hay otro como tú, dijo la Tuerta abrazando al Maestro de Escuela. ¿Mas si por casualidad esa moza no acompaña mañana al cura?

— Volvemos á la carga pasado mañana; ese es un bocado que se come frío y despacio: por otra parte esto aumentará los gastos, y el caballero nos hará el caldo gordo: á más de que cuando yo esté en la granja, procuraré averiguar si es probable arrebatar á esa moza por el medio sabido, ó por otro más seguro.

— Perfectamente, querido mío, el plan es como tuyo. Cuando ya no sirvas para dar estos golpes, será preciso nombrarte *asesino consultor*, y ganarás tanto dinero como un letrado. Abrazame y al avío, porque esos labradores se acuestan cuando las gallinas. Voy á reunirme con el Barbillón y mañana á las cuatro estaremos con el coche en la encrucijada, á menos que antes no le cojan por la muerte del marido de la lechera; pero sino es él será otro, puesto que el coche es del señor enlutado. Al cuarto de hora de haber llegado á la encrucijada, me tienes aquí aguardándote.

— Corriente, hasta mañana.

— ¡Pues no me iba yo sin dar cera al Cojuelo, por si hay que tomar la marca de alguna cerraja! Ahí va, supongo que sabes cómo has de usarla.

— Sí, sí, padre me lo ha enseñado, y hará días que tomé la de una arquilla de hierro que mi amo el charlatán tiene en el cuarto negro.

— Tanto mejor; no olvides mojar la cera antes de aplicarla á la cerradura, no sea que se quede pegada.

— Ya lo sé, dijo el Cojuelo; ya veís que hago cuanto me decís, y esto consiste en que me tenéis algún cariño, ¿no es verdad?

— ¡Sí, te quiero! Lo mismo que se quería al gran Napoleón, contestó la Tuerta abrazando al Cojuelo que estaba muy contento con esta comparación imperial. Hasta mañana.

— Sí, hasta mañana.

La Tuerta se marchó á buscar el carruaje. El Maestro de Escuela y el Cojuelo salieron del barranco y se encaminaron hacia la quinta, sirviéndoles de guía la luz de las ventanas.

¡Extraña fatalidad! Anselmo Duresnel se acercaba á su mujer, á quien no había visto desde su condenación á cadena perpetua!